
Austeridad económica y autoritarismo político: El peor escenario posible para la democracia y los derechos

María José Fariñas Dulce¹

Revista de Pensamiento Crítico
Aymara
2(1): 17–24 © Fariñas Dulce 2020
ISSN: 2707-6938 / 2707-692X
Recibido: 18/07/2020
Aceptado: 15/12/2020
Publicado: 31/12/2020
DOI: <https://doi.org/10.56736/2020/25>

Abstract

In the early 1980s, the academic debate on globalisation began to develop, especially in the Anglo-Saxon world. Something different was born. A new historical process was underway, whose turning point was the computer revolution and artificial intelligence, which opened up the world stage to moments of crisis, socio-economic and legal changes, and paradigmatic transitions, in which we are still in the midst. The irruption of this historical process has been changing some basic coordinates of the modern world. The basic consensuses of democratic societies that have revolved around a social, political and legal balance between freedom and equality, on the one hand, and freedom and security, on the other, are being affected. We are certain that since the beginning of the 21st century we are losing many of the ethical and aesthetic elements conquered during previous centuries. The logic of profit without limit is destroying the foundations of social solidarity and, worse, of the moral order that supported.

A principios de la década de los ochenta del siglo XX comienza a desarrollarse, especialmente en el mundo anglosajón, el debate académico sobre la globalización. Algo diferente nacía. Un nuevo proceso histórico estaba en marcha, cuyo punto de inflexión fue la revolución informática y la inteligencia artificial, que abrió el escenario mundial a momentos de crisis, cambios socioeconómicos y jurídicos, y tránsitos paradigmáticos, en los que todavía nos encontramos. La irrupción de este proceso histórico ha ido cambiando algunas coordenadas básicas del mundo moderno. Se están viendo afectados los consensos básicos de las sociedades democráticas que han girado en torno a un equilibrio societario, político y jurídico entre la libertad y la igualdad, por una parte, y la libertad y la seguridad, por otra. Tenemos la certeza de que desde comienzos del siglo XXI estamos perdiendo muchos de los elementos éticos y estéticos conquistados durante los siglos anteriores. La lógica del beneficio sin límite está destruyendo las bases de la solidaridad social y, lo que es peor, del orden moral que lo sustentaba.

Keywords

democracy, rights, austerity democracia, derechos, austeridad

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos, (...)
Estamos tocando el fondo
Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta
mancharse.
(Gabriel Celaya)

Democracia en suspenso

España, igual que la mayoría de países desindustrializados, atraviesa una profunda crisis institucional, debido a casos, a veces coyunturales, otras estructurales, de corrupción política en connivencia con el poder económico¹, al desgaste de algunas instituciones, la desafección política

¹ Catedrática de Filosofía y Sociología del Derecho Universidad Carlos III de Madrid, España. Email: jose.farinas@uc3m.es

¹ Según *El Índice sobre Percepción de la Corrupción 2013*, elaborado por la ONG alemana, *Transparencia Internacional*, la percepción de la corrupción en España ha caído 10 puntos (de la posición 30 a la 40, en tan sólo un año). Lo cierto es, que la crisis económica ha provocado un mayor debate público sobre una situación de corrupción, que viene de largo. La situación ahora está más expuesta y eso afecta a la percepción sobre la misma.

y el derrumbe de la moral cívica vinculada a lo público, la obsolescencia de leyes esenciales (Ley Electoral, leyes fiscales y la propia Constitución), lagunas legales, como la de la Transparencia y Acceso a la Información Pública, que perpetúan la opacidad y el secreto en el funcionamiento de las administraciones públicas, así como a la persistencia de las oligarquías económicas en la estructuración democrática de la sociedad y de las administraciones públicas. Este contexto ha impedido, y sigue haciéndolo, un completo desarrollo democrático de nuestras instituciones políticas y jurídicas.

Pero también se debe a las consecuencias sobrevenidas de la puesta en marcha de políticas neoliberales introducidas por el proceso de la globalización en los últimos cuarenta años, que restringen derechos económicos, sociales y culturales, limitan libertades y dejan a la ciudadanía carente de vínculos de integración y cohesión social, a la vez que desprotegida ante sus necesidades básicas. Nuestras democracias liberales necesitan reformas legislativas fuertes, que refunden el enganche legitimador de la ciudadanía con sus instituciones democráticas. De lo contrario, cada vez será más difícil conseguir el apoyo de amplios sectores de la población, que ven reducido su nivel de vida y frustradas sus aspiraciones de mejora social. Y seguiremos teniendo fuertes resistencias sociales, que derivarán en conflictos políticos. Austeridad económica y autoritarismo político parecen ser cada vez más las características de la actual política europea y mundial. Pero es, sin duda, uno de los peores escenarios posibles.

La democracia es un proceso abierto y complejo de lucha por la emancipación de todos los ciudadanos. No es una situación estática, sino un proceso con idas y venidas, donde nunca se puede dar todo por ganado, ni todo por perdido. Las expectativas no cumplidas de la democracia representativa, la ausencia total de democracia social y económica, así como los riesgos sobrevenidos por el triunfo global del neoliberalismo económico y del neoconservadurismo político (ver Fariñas Dulce 2005), nos sitúan actualmente ante un problema filosófico fundacional. Las reglas de la democracia están en suspenso. El maridaje feliz entre capitalismo y democracia se ha roto, por la eficacia del capitalismo de “valores asiáticos”, un capitalismo autoritario, sin libertades, ni derechos, ni democracia. Si este es el modelo a seguir, cuando los ciudadanos se vean abocados a renunciar a sus libertades a cambio de promesas de seguridad, o cuando mayoritariamente se acepten políticas de austeridad económica y de privatización de servicios públicos, los derechos y las

libertades progresivamente se suprimirán. Y cuando se suprimen derechos y libertades, se atenta directamente contra las bases estructurales de la democracia.

Vivimos, pues, momentos de *desdemocratización* de la democracia². La situación actual no responde a un avance en la democratización de las sociedades, sino a un retroceso democrático, que puede afectar gravemente a las estructuras políticas de la modernidad, en las que todavía vivimos, alterando las relaciones entre la ciudadanía y el Estado.

Las aportaciones científicas y técnicas de la mano de las nuevas tecnologías (ICT) se quedan escasas, porque estamos ante cambios fundacionales, que afectan a los consensos básicos de las sociedades modernas. El escenario es de un tránsito paradigmático, que nos obliga a adoptar una nueva concepción del mundo, una epistemología para toda la humanidad. Con los datos aportados desde los diferentes conocimientos científicos y con los instrumentos tecnológicos, hemos de ser capaces de definir qué mundo queremos, qué dignidad y qué tipo de seres humanos, cómo articulamos nuestras sociedades. La cuestión inmediata está en saber, si seremos ahora capaces de construir una alternativa cívica y política desde los diferentes sectores, que aparecen como víctimas del sistema actual.

El presente artículo pretende discutir desde el Pluralismo Jurídico la importancia y especificidad de la propuesta latinoamericana y desde allí problematizar nudos claves de su potencia descentralizadora y democratizadora, mostrando el cisma político que excluye la pluralidad, denunciando la ideología monista y su método que refuerza el carácter concentrador de la soberanía estatal que pretende que las diferencias sociales son reducibles por subsunción o teorización abstracta. Pero también denunciaremos como la sola práctica de hablar de pluralismo sin proponer apuestas teóricas y metodológicas diferentes son otra forma de binarización de la reflexión y la acción y por tanto colonizan la mirada pluralista. Descritos brevemente esos tópicos pretendemos plantear pistas para un uso no colonizado del pluralismo jurídico: desde el derecho señalar es necesario debatirlo como un campo de uso del derecho diferente del derecho público y del derecho privado; y con ello que el derecho consuetudinario, especialmente de los pueblos indígenas, debe ser tratado como derecho y no presentado solo como prácticas culturales diferentes permanentemente subalternas. Se plantea como hipótesis

²La democracia es un proceso que genera tensiones continuas entre “democratización y desdemocratización”, en opinión de Chales Tilly (2007).

que, trabajando esos sentidos, se abre una potencia renovada del pluralismo jurídico como espacio para pensar y hacer otro derecho.

Neoconservadurismo y derechización de la sociedad

La nueva derecha neoliberal lleva años ganando la batalla electoral a la izquierda. Ha sido capaz de captar el voto de las clases medias y bajas (trabajadoras y populares), que han sufrido en las últimas décadas los efectos negativos de la globalización económica y de la gestión política de la crisis financiera. Lo ha conseguido, especialmente, entre los excluidos económica y culturalmente de la sociedad, los sectores de electores primerizos y entre el colectivo cada vez más amplio de los desclasados³ o ciudadanos que han descendido de clase social. Y lo ha hecho con un discurso populista y autoritario, que lanza mensajes simples, provincianos (en ocasiones *euroescépticos* e, incluso, *eurofóbicos*) y supuestamente tranquilizadores, pero que no aborda directamente el debate socioeconómico en la discusión política, ni aporta soluciones.

Cuando los ciudadanos dejan de tener puntos de referencia sólidos y surge un líder, que fija una línea y da pruebas de autoridad sobre los problemas sencillos, con soluciones falsamente disfrazadas de eficacia, tiene mucho ganado. Además, si los ciudadanos están distraídos, no se fijarán en lo importante, se dejarán enredar en peleas que no son las suyas, preferirán la obediencia cómoda y, encima, perderán su libertad. La libertad, en cambio, nos mantiene siempre en guardia, ante el poder y ante nuestras propias debilidades. No en vano, los derechos de libertad nacieron en el inicio de la *modernidad* como *límites* al poder establecido. Sin libertad no hay revolución posible.

A la vez, este discurso neoliberal y conservador alienta sin complejos la estigmatización del inmigrante, refugiado y/o diferente (el “chivo expiatorio”) como foco de los males de nuestra sociedad, con la finalidad de distraer y canalizar la insatisfacción social y económica de los ciudadanos hacia un odio cultural o religioso, justificando así el mantenimiento y la protección del *statu quo*. Se pretende sustituir el actual resentimiento económico por un inducido resentimiento culturalista. De

esta manera, las cuestiones socioculturales y de identidad religiosa han ido tomando cada vez más protagonismo en el discurso político, enfrentando a derecha e izquierda, y en una opinión pública que se encuentra dividida en torno al tema religioso (fundamentalmente en relación con el islam) como cuestión identitaria de los inmigrantes. La *nueva derecha* pretende monopolizar este asunto, cooptarlo electoralmente, y hacer de él un problema para la identidad nacional y para la seguridad de nuestras sociedades.

Esta *derecha* habla de la recuperación de valores tradicionales, vinculados a la ley, la moral, al orden, la patria, Dios, de seguridad ciudadana, de disciplina social, nacionalismo y/o proteccionismo económico y de recuperar la hegemonía étnica y moral de los Estados, en especial frente a la inmigración o frente a quienes se salen de la normalidad establecida (homosexuales, transexuales, gitanos, musulmanes, pobres, marginados, *indignados*...). Se trata de un enfoque conservador, *caciquil* y *provinciano*⁴, basado en el miedo y en la regresión individual y colectiva, que no duda en acudir a la política de las *tripas*, agitando irracional y visceralmente los sentimientos colectivos de las personas y sus frustraciones individuales. Todo esto lesiona gravemente la estructura democrática de la sociedad.

Esgrimir riesgos une a la gente, la moviliza y crea lazos comunitarios, como mecanismos de defensa⁵, basados en las emociones y no en la racionalidad. Manipular políticamente los riesgos, provocando miedo y alarma social, permite alcanzar objetivos espurios, que con el correcto funcionamiento de las instituciones democráticas nunca se podrían alcanzar, ni siquiera plantear. No se debería olvidar, que este tipo de populismo, basado en el alentamiento del miedo, la inseguridad o la xenofobia, se sitúa en una zona gris entre la democracia y el autoritarismo, donde proliferan las pulsiones totalitarias o fascistas. Provoca, además, en las personas un cierto *autoritarismo difuso*, tras el que se pueden ocultar tanto elementos racistas, como clasistas, algo que ya ha prendido en varios países de Europa y América Latina, como lo demuestra el auge electoral de los partidos de extra derecha.

³El desclasamiento es un concepto complejo. Pueden distinguirse dos tipos de desclasamiento: uno es el que sucede durante la vida laboral después de la pérdida de un empleo; y otro es intergeneracional: afecta a los trabajadores que no han conseguido mantener la posición socio-profesional de sus padres. Ver. Peugny (2009).

⁴Para Fernando Pessoa (1928), “el provincianismo consiste en pertenecer a una civilización sin tomar parte en el desenvolvimiento superior de ella. . .”.

⁵Ulrich Beck (2012) señala que esta estrategia de manipular la amenaza de los riesgos que nos rodean, como técnica política de gestionar el miedo de la gente para conseguir uso objetivos no queridos por la ciudadanía, se ha convertido ya en un “arma de amedrentamiento masivo”. A este nuevo “monstruo político” lo denomina Beck, como *Merkiavelo*, mitad Merkel, mitad Maquiavelo.

Todo esto se instrumentaliza electoralmente, incardinando un cierto conservadurismo de una clase trabajadora “satisfecha” contra los efectos negativos de la globalización económica y financiera, con un conservadurismo católico y de derechas contra una sociedad caracterizada por la diversidad creciente, que ni acepta ni quiere comprender, para no perder su hegemonía social, cultural y, especialmente, económica. Este tipo de discurso político lleva años buscando la derechización de la sociedad, y en particular de las clases populares y trabajadoras, pero también de las clases medias que son las que sufren más, y también temen más, el proceso de *desclasamiento* o de descenso socioeconómico. La alianza, de momento, está funcionando.

Los partidos socialistas y socialdemócratas europeos adoptaron, erróneamente a mi juicio, una postura convergente hacia la derecha en la escisión sociocultural de nuestras sociedades. Sin embargo, la batalla electoral la siguen perdiendo en este terreno. No han sido capaces de articular un discurso socioeconómico alternativo, superador de la escisión sociocultural e identitaria, que se ha producido en los países desindustrializados. Ni han sabido buscar alternativas a los dictados de los mecanismos financieros, ni frenar sus especulaciones, como tampoco articular nuevos pactos sociales en defensa de la integración social y de la cohesión económica. Y, consecuentemente, no han sido capaces de articular una defensa contundente de las estructuras democráticas frente a las nuevas gramáticas del poder mundial. Han vaciado de contenido su ideario político y han provocado, que la izquierda perdiera una buena parte de sus señas de identidad, perdiendo también la conexión con sus bases electorales.

La política tiene una función pedagógica ineludible a la que la izquierda no puede, ni debe renunciar. Los partidos socialistas deberían hacer una apuesta fuerte en defensa de la recuperación democrática, de la integración y de la cohesión socioeconómica de todos, sin importar el lugar de nacimiento ni la opción moral de cada uno. Pero no sólo una defensa de la democracia liberal, que a veces se reduce a implementar el derecho de sufragio y una mera gestión de cosas y personas, sino también de la democracia social y económica, todavía pendientes. En definitiva, recuperar la estructuración democrática de la sociedad, que ha sido cooptada en las últimas décadas por un *parlamento virtual* de prestamistas y especuladores al servicio de los intereses particulares del poder económico y financiero hasta el punto de convertir la actual gramática del poder en un juego de suma cero entre acreedores y deudores.

Este sigue siendo el gran déficit de nuestras sociedades, y debería ser de nuevo el ideario socialista y de la izquierda en general, donde la seguridad no se vincule sólo al orden y a la autoridad, sino primordialmente a la redistribución económica, a la universalización de la educación, a la igualdad material, al reparto solidario de bienes y recursos y a la preservación de los espacios comunitarios y de las prestaciones públicas. Los partidos socialistas y la izquierda, en general, deberían recuperar sin ambages la cuestión socioeconómica y el discurso social en el debate político, así como el control normativo de la política democrática.

Demanda de valores

Los Estados democráticos modernos han hecho dejación en las últimas décadas de su poder ideológico, quedándose sólo con el poder coercitivo. Este sí que es *el problema*. Y la consecuencia más inmediata del mismo es que, incluso, una incipiente salida de la recesión económica no garantiza el fin de las políticas de austeridad. Confirmando, así, que la austeridad no es sólo una respuesta coyuntural ante la crisis, sino que representa un cambio ideológico profundo en la actividad política, que comenzó antes de la explosión de las burbujas financieras. Es la puesta en marcha de un proyecto ideológico neoconservador y neoliberal de las oligarquías empresariales mundiales y los poderes hegemónicos. Esto dificulta, sin duda, una renovación del discurso social por parte de los partidos socialistas, así como una recuperación del control normativo del poder ideológico por parte de la política democrática.

El reto de la izquierda del siglo XXI está en tomar conciencia de un cierto estado de *depresión colectiva* o de *tedio cívico* frente a la euforia neoliberal del consumo y de la producción destructiva de desigualdades, que se ha hecho más evidente con la crisis de la actual pandemia global. La desigualdad socioeconómica está produciendo también desigualdad política, civil, territorial, así como nuevas manifestaciones de un cierto racismo *difuso* dentro de la sociedad. Gestionar las desigualdades crecientes, recomponer los sistemas de protección social y habilitar nuevos espacios públicos y comunitarios de debate democrático, deberían ser los grandes retos políticos de siglo XXI.

Pero también lo debería ser, la gestión de las emociones difusas y de las demandas expresivas de reconocimiento político, inclusión social y autonomía personal, que alientan los diferentes tipos de protestas y movilizaciones sociales de la *indignación*. No se trata

sólo de dar una inmediata respuesta a las, a veces urgentes, demandas materiales (derivadas de la creciente precariedad laboral y salarial), qué también, sino de saber afrontar las demandas de valores y, especialmente, las demandas democráticas del ideal igualitario y de utopías a medio plazo de justicia social. En definitiva, dar respuesta a las necesidades democráticas y éticas de la sociedad.

La privatización del vínculo social

Las actuales políticas de austeridad tienen como consecuencia la privatización de servicios públicos y la reducción al mínimo de los derechos sociales. Este tipo de respuestas ante la crisis económica se corresponde con una estrategia ideológica. Por ello, aquellas no son coyunturales, sino que persiguen un cambio de modelo, cuyos pilares son la desaparición del Estado Social, un Estado privatizado y corporativo⁶, políticas asistenciales en la pobreza (*políticas de pobres*), un sistema jurídico más represivo que garantista (enfocado en el *derecho penal del enemigo*), priorización de la defensa de la seguridad física de los individuos frente a la seguridad y libertad de los ciudadanos (de nuevo el *hobbesiano* dilema entre seguridad *versus* libertad) y una creciente represión de la disidencia y la protesta social.

De esta manera, se trunca el proceso de emancipación social de los ciudadanos, a cambio de políticas asistenciales. Con ello, se fragmentan las bases de los vínculos sociales como primer paso para su privatización. La promesa de la utopía liberal del *libre mercado* ha sido utilizada por el neoliberalismo y sus depredadores económicos como coartada para la privatización (o transferencia indebida de lo público a lo privado), rompiendo así un cierto equilibrio entre economía y sociedad, que había funcionado tras el consenso socialdemócrata después de la II Guerra Mundial.

Más allá de las coyunturales crisis financieras, estamos asistiendo a un ajuste neoliberal en lo económico y neoconservador en lo político al ámbito material de las constituciones democráticas de la posguerra, especialmente sobre los derechos laborales y los derechos económicos, sociales y culturales. El neoliberalismo del siglo XXI ha dado al traste con el valor de la solidaridad pública y, al privatizar derechos sociales

como la educación o la sanidad, está incrementado y profundizando la desigualdad socioeconómica. El resultado está siendo demoledor para las clases trabajadoras y populares, que ven como sus rentas laborales disminuyen, sus condiciones laborales se precarizan, sus derechos se desprotegen y las promesas de ascenso social se frustran. Esto, junto al rechazo evidente de la oligarquía a contribuir a las arcas públicas y a los gastos comunes, está convirtiendo la crisis económica en una crisis de derechos y, consecuentemente, en una amenaza para la democracia. Porque tras el ataque a los derechos económicos y sociales, se va también contra los derechos civiles y políticos. Y con ello, se ataca directamente a la estructuración democrática de las sociedades.

La privatización de los vínculos sociales y la ruptura de los mecanismos de integración social tienen una consecuencia directa, que afecta al compromiso de la ciudadanía (precarizada y asustada) con las normas. Generan una ausencia de compromiso ético con las normas y los valores que las sustentan, destruyendo las bases morales de la ciudadanía (especialmente la clase media), y provocando un individualismo sistémico, basado en el cálculo de las ventajas individuales obtenidas dentro de un grupo social.

Democracia incompleta *versus* Democracia interrumpida

El proceso de democratización de las sociedades modernas se encuentra estancado y se ha convertido en un proceso incompleto e inconcluso. La democracia no ha conseguido llegar plenamente al ámbito de la empresa, ni al aparato administrativo. Subsisten numerosos poderes privados, opacos y secretos (*arcana imperi*), que la democracia moderna no ha conseguido democratizar, visibilizar, ni siquiera hacer que su gestión fuera transparente. Subsiste un gran número de excluidos y marginados de la promesa moderna de la universalidad de los derechos y de la ciudadanía. Y, como dijo Castoriadis, si no participan *todos* (la *paideia* democrática), es la estructura democrática de la sociedad la que se debilita⁷. También la opacidad y el corporativismo siguen señoreando muchos espacios de la administración pública, fundamentalmente, de la administración de justicia.

⁶James K. Galbraith (2008) afirma que “desde hace años el Mercado está viciado, capturado por depredadores económicos disfrazados de neoliberales. Esto ha dado lugar a un sistema económico en el cual sectores enteros han sido creados para aprovecharse de los sistemas públicos originariamente creados con propósitos públicos y para servir, en gran medida, a la clase media”.

⁷Esto se corresponde con la idea de que “no puede haber sociedad democrática sin *paideia* democrática” (Castoriadis 1995).

La educación cívica, pública y laica, como promesa de emancipación de la ciudadanía, de empoderamiento y de capacitación para pensar y decidir libremente, tampoco ha conseguido sus objetivos. Al contrario, la educación *burguesa* ha perpetuado las desigualdades, condenando a muchos al ostracismo del silencio o la reproducción de la cultura hegemónica. El derecho a la educación pública nació en la Modernidad occidental con la pretensión de dotar a la ciudadanía (y especialmente a las clases populares) de los instrumentos cognitivos y culturales indispensables para formarse autónomamente objetivos, ideas, preferencias. No ha conseguido plenamente estos objetivos y, actualmente, se encuentra en vías de privatización, siendo entonces los proveedores privados los que suministrarán la educación para los que tengan solvencia económica para consumirla. Las democracias modernas no han conseguido alcanzar un carácter social, ni económico.

Además, este proceso inconcluso se ha visto bruscamente interrumpido por la fuerza compulsiva de unos hechos llevados a cabo por el asalto neoliberal y oligárquico al poder democrático en las últimas décadas⁸. El maridaje feliz entre capitalismo y democracia, efímeramente anunciado por Francis Fukuyama (1992), está pasando por una profunda crisis, que puede conducir a un divorcio con el capitalismo como parte triunfante. Fukuyama vaticinó el triunfo total de la democracia liberal en lo político (gobierno representativo) y en lo económico (libre mercado) sobre otras formas de organización político-económicas. Su profecía fue una de las más efímeras en la historia de la filosofía política, porque la fuerza compulsiva de los hechos, derivados, entre otros, de la eficacia del capitalismo chino, está dando al traste con aquella. Ahora bien, la convergencia con un capitalismo de “valores asiáticos”, sí supondría el “fin de la Historia”, al menos el fin de la cultura occidental de la Ilustración, los derechos humanos y las libertades, en cuanto código de justicia de las democracias modernas.

La puesta en marcha del proceso de globalización neoliberal ha tenido como consecuencia la consolidación de nuevos centros o polos de poder, así como de nuevos actores sociales con capacidad para ejercer poder real

y autónomo (un mundo multipolar o, incluso, *apolar*⁹). Sus intereses son particulares y privados. La democracia está derivando hacia la plutocracia y la política se ha convertido en una mera gestión *tecnócrata* de cosas y personas al servicio de aquellos intereses. La alarma está encendida.

Atrás han quedado los intereses generales y públicos, la defensa del bien común y del *bienestar* de los ciudadanos y, por lo tanto, la política democrática ha perdido su dimensión utópica de emancipación social. Es necesario recuperar esto, porque los seres humanos somos seres utópicos y los ciudadanos somos sujetos morales. No podemos perder, por tanto, la esperanza, ni la visión crítica, ni las utopías como ideas regulativas de la acción social y política.

Resistir para regenerar la democracia: una democracia post-neoliberal

El objetivo es regenerar la cultura democrática, que desde hace tiempo da nuestras de obsolescencia, cansancio y agotamiento. Y esto solo puede venir de la mano de un proceso colectivo, con implicación ciudadana, comunitaria y local.

Pero, ¿hay futuro para la democracia? Creo que sí, y hay futuro, porque el presente es de batalla. Estamos en plena “guerra civil” democrática, por eso no existe la serenidad suficiente para construir un discurso estratégico desde lo público y desde la dimensión normativa de la política, que sea capaz de regenerar la democracia. Estamos en una situación de tensión, en la que es necesario construir hegemonía democrática frente a la hegemonía neoliberal de los monopolios globales y sus lobbies financieros¹⁰.

Por ello, dar cauce adecuado a la protesta social es uno de los retos inmediatos. La represión y criminalización sin más, no es la solución. La esencia de la democracia reside en la capacidad de disenso que tienen los ciudadanos, incluyendo todas las opciones posibles. Las nuevas protestas sociales reclaman una democracia desde la diversidad, desde la calle y desde una economía sostenible. Uno de los grandes retos políticos del siglo

⁸Un interesante relato sobre la ofensiva de las oligarquías empresariales y financieras a los logros democráticos del constitucionalismo de los derechos y la consecuencia de la misma en nuestras sociedades occidentales, se puede encontrar en Pisarello (2011).

⁹Un mundo “no polar es aquel dominado no por uno o dos o, incluso, varios, sino por docenas de actores que poseen y ejercen diversos tipos de poder” (Hass 2008).

¹⁰Actualmente, los *lobbies financieros* tienen más poder que los gobiernos. Son los instrumentos de los que se valen los grandes bancos y firmas financieras para presionar a los gobiernos en defensa de un sistema financiero inestable pero que les beneficia, sin una regulación que prevenga sus riesgos, y que en gran medida no sirve a la economía productiva y la creación de riqueza (Hernández Viguera 2013).

XXI está en gestionar satisfactoriamente las emociones difusas y las demandas expresivas de reconocimiento, igualdad e inclusión social que alientan los diferentes tipos de protesta social en las calles y desde las calles.

De momento, las opciones autoritarias y represivas de la protesta social reflejan un claro estado de ánimo: no se quiere que la calle sea un espacio democrático de ejercicio de derechos de ciudadanía. Al contrario, se pretende convertir la protesta social en un conflicto policial, llegando incluso a intentar la *militarización* de los conflictos sociales. En España, el desafío del nuevo sistema de penas y medidas de seguridad, recogidas en el anteproyecto de *Ley para la Protección de la Seguridad Ciudadana*, abre un futuro incierto para las libertades y para la democracia. ¿Implica esto, que se está legislando por encima del Estado de Derecho? ¿O, incluso, con este tipo de legislación no se estaría creando un problema donde no lo hay?

No son leyes para resolver, sino para provocar. Este tipo de leyes son *innecesarias*, a mi juicio, porque no existe ninguna demanda social que las justifique, sino todo lo contrario, están siendo utilizadas como instrumentos de lucha ideológica por los gobiernos autoritarios., con el fin de asustar a la ciudadanía. Es su respuesta ante la actitud bastante ejemplar de una *ciudadanía indignada*, que lleva años soportando medidas de austeridad económica, de recortes de derechos, de bajadas salariales junto con escándalos de corrupción política y económica. En definitiva, esta es su manera de asentar las bases del autoritarismo antidemocrático, criminalizando los conflictos socioeconómicos y convirtiéndolos en cuestiones de orden público.

Uno de los éxitos del capitalismo neoliberal, resultado también de los fracasos revolucionarios de antaño, es la condena como totalitaria de toda acción colectiva consciente, cuyo objetivo sea imponer cierto control social. Ha ganado la visión liberal de que es mejor construir socialmente un mecanismo (el mercado) y dejarlo operar ciegamente, aunque nos lleve a la catástrofe ecológica, a la pérdida de derechos y libertades o a crisis financieras cíclicas. Para frenar esta deriva destructiva y productora compulsiva de desigualdades, necesitamos recuperar una cierta dimensión colectiva de los proyectos emancipadores¹¹. Pero no se trataría

de una simplista vuelta a las experiencias colectivas marxistas o comunistas, ni de reivindicar acríticamente el socialismo clásico, sino de ser capaces de construir nuevos activismos de resistencia frente al neoliberalismo económico y al autoritarismo político globales.

Es imprescindible explorar las prácticas colectivas de disidencia y las nuevas maneras de emancipación, desde los márgenes de los excluidos socialmente, construidas desde la excentralidad cultural (Tamayo y Fariñas 2007), política y epistémica. Es, precisamente, “en los márgenes de la sociedad donde se ha fraguado y sigue fraguándose hoy las grandes transformaciones y los cambios de paradigmas en la forma de crear, de pensar y de vivir” (Tamayo 2013: 20). Los cambios los han impulsado siempre los que no están bien, los excluidos, los marginados, los oprimidos. Además, son más. Solo es necesario que se atrevan a usar su libertad, porque sin el ejercicio de la libertad, no hay revolución posible.

Una resistencia democrática ha de tomar conciencia del estado de hastío y de *depresión colectiva*, existente frente a la euforia neoliberal del consumo y de la concentración de poder. Además, la democracia solo funciona cuándo se mantiene un cierto equilibrio de poderes. Se necesita también “cultura democrática”, así como un carácter democrático social y comunitario. Pero esto no se puede articular ya en torno a las ONGs o a los movimientos clásicos de la sociedad civil, que vivían de las subvenciones públicas o de la *filantropía* empresarial. Las políticas de austeridad han dado al traste con las políticas de subvenciones públicas. Parece que ya no hay dinero para estos fines. Está por ver, si la sociedad civil es ahora capaz de rebrotar y empoderarse al margen o, incluso, frente a un Estado débil.

La lógica del beneficio sin límites ha ido destruyendo en las últimas décadas las bases de la solidaridad social y del orden moral que las sustentan. Pero sin un orden moral aceptado, las personas no están en condiciones de comportarse como *ciudadanos* (personas con derechos, obligaciones y compromisos). Y una acción pública para poder reconstruir el orden moral requiere de *ciudadanos*, no de personas cuyo individualismo implica un rechazo de la política como tarea colectiva. La democracia nos obliga a ser muy exigentes con nosotros mismos como ciudadanos, y no sólo con los políticos. Los políticos gobernantes y partidos políticos tradicionales no pueden, ni deberían, convertir sin más en la cabeza de turco de los males de la democracia. *Todos* somos responsables de una necesaria renovación de las políticas democráticas y de ejercer una resistencia crítica, a pesar de que ésta haya sido gravemente dañada por los efectos destructivos

¹¹ Véase Žižek (2011), *En defensa de las causas perdidas*. La tesis básica de este libro, denso y complejo, es que el fracaso histórico de los proyectos revolucionarios emancipadores impide que veamos las aportaciones positivas de sus relatos, que ahora podrían ser útiles para construir movimientos de resistencia.

de las políticas neoliberales, *fragmentadoras* del vínculo social.

El reto ahora está en poder ir construyendo una *política de la ciudadanía y desde la ciudadanía*. Pero se necesitan espacios de reflexión. Los sistemas de intermediación política y social están obsoletos. En las redes sociales, en las plataformas ciudadanas se puede encontrar otra manera de hacer política y de expresar las demandas: una democracia más participativa, *real*. ¿Será este el camino para llegar a construir una democracia ciudadana post-neoliberal? ¿Dejará, por fin, la democracia de ser un asunto de élites (*los apocalípticos*), como lo ha sido hasta ahora, para llegar a ser una democracia de masas (*los integrados*)¹²?

Lo cierto, es, en mi opinión, que estamos en la encrucijada histórica de *democratizar* la democracia, reforzando las redes de la confianza interpersonal, frenando el sistema de producción de desigualdades de todo tipo y estableciendo sistemas de regulación y de control político, capaces de limitar los centros de poder coactivo autónomo, tanto *arcanos*, como los nuevos *polos* de poder surgidos tras la irrupción de la globalización neoliberal.

Referencias

Beck, U. (2012). *Una Europa alemana*, Paidós Ibérica.

Castoriadis, C. (1995). La democracia como procedimiento y como régimen, *Leviatán* 62.

Eco, U. (2011). *Apocalípticos e Integrados*, Liberduplex.

Fariñas Dulce, M. J. (2012). *Mercado sin Ciudadanía. Las falacias de la globalización neoliberal*. Biblioteca Nueva.

Fukuyama, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*, Ed. Planeta.

Galbraith, J.K. (2008). *The Predator State. How Conservatives Abandoned the Free Market and Why Liberals Should Too*, The Free Press.

Hass, R. (2008). La era de la No Polaridad, *Foreign Affairs* 3(8): 44-56.

Hernández Viguera, J. (2013). *Los lobbies financieros, tentáculos del poder*, Clave Intelectual.

Pessoa, F. (1928). El provincialismo portugués, *Noticias Ilustradas* 9(II). Lisboa.

Peugny, C. (2009). *Le Desclassement*, Ed. Grasset.

Pisarello, G. (2011). *Un largo Termidor. La ofensiva del constitucionalismo antidemocrático*, Editorial Trotta.

¹²Parafraseando a Umberto Eco (2011).

Tamayo, J.J. (2013). *Cincuenta Intelectuales para una conciencia crítica*, Fragmenta Editorial.

Tamayo, J.J., Fariñas Dulce, M.J. (2007). *Culturas y religiones en Diálogo*, Ed. Síntesis.

Tilly, C. (2007). *Democracy*, Cambridge University Press.

Žižek, S. (2011). *En defensa de las causas perdidas*, Akal.